

Esta serie de publicaciones del Instituto de Estudios y Formación de la CTA Autónoma, tiene como principal objetivo tender un puente entre las generaciones presentes y los aportes teórico-políticos de intelectuales, militantes políticos, sociales y culturales que han abocado su práctica de vida y conocimientos a la legitimación y la conformación del pensamiento nacional.

El Pensamiento Nacional y Popular se compone de ideas, experiencias, memorias y afectos que atraviesan a la mayoría del pueblo. Su construcción no está definida estáticamente, sino que se crea y transforma constantemente, siempre en relación con la identidad y el aprecio de lo que se considera “nuestro”. Este pensamiento se halla en la base de todos los procesos históricos en donde el pueblo fue protagonista.

Idearios desde el Sur permite poner en valor, experiencias sociales históricamente relegadas y silenciadas por las instituciones del poder o las clases dominantes. Y esta acción reconstitutiva resulta fundamental en tanto permite adoptar una conciencia real del rol que ocupamos como sujetos históricos y sociales, siendo indispensable para comprender el presente que habitamos y sembrar las herramientas que nos permitirán generar un futuro mejor.

Con Idearios desde el Sur iremos resaltando el pensamiento y la práctica de personas que han contribuido a este imprescindible proceso de construcción de identidad, para reconocernos en una matriz que resista los embates del pensamiento único y el fin de las ideologías.

Esperamos sea un aporte de interés y aprovechamiento para las y los trabajadores y todos los que se acerquen a estas publicaciones.

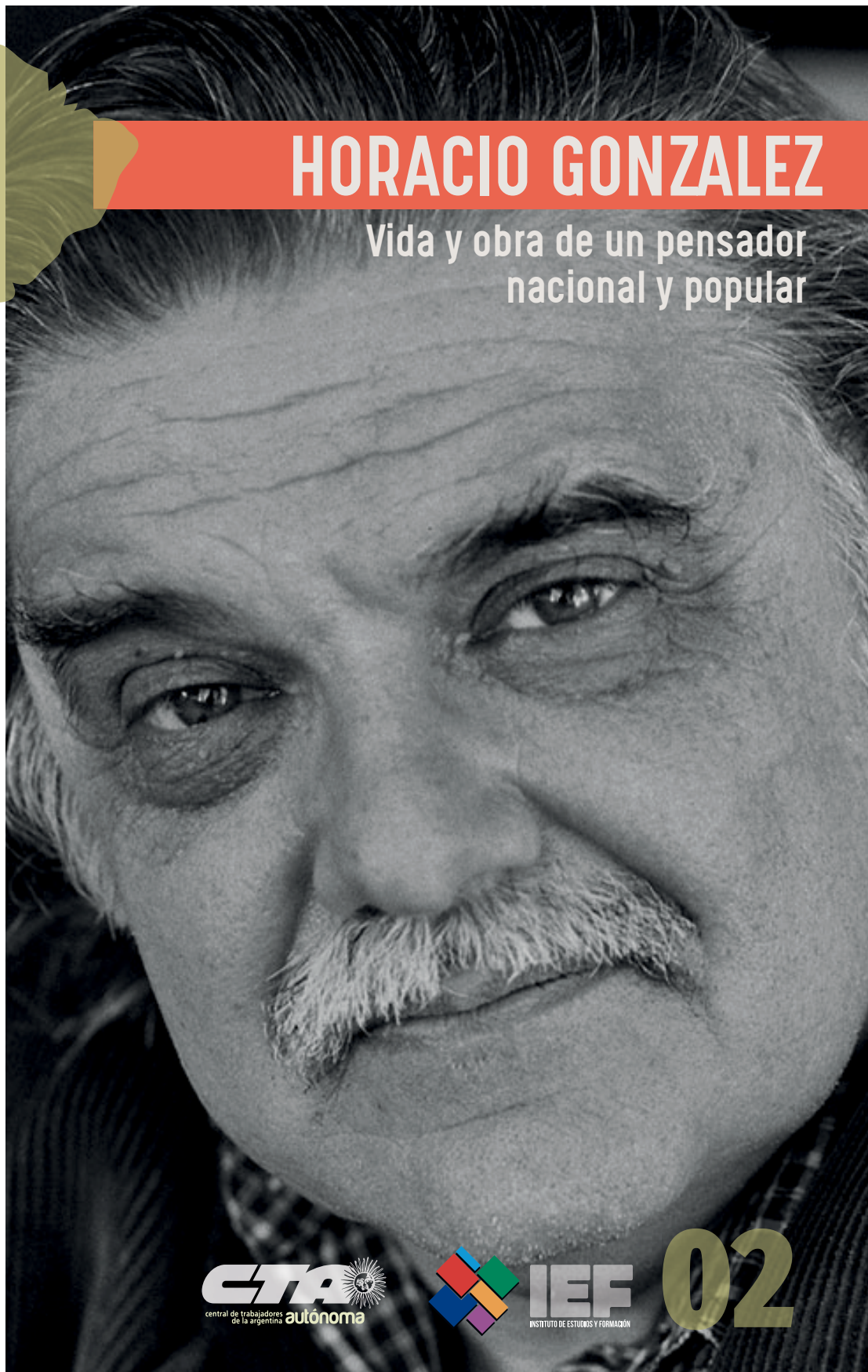
idearios

DESDE EL
SUR



HORACIO GONZALEZ

Vida y obra de un pensador
nacional y popular



CTA
central de trabajadores
de la argentina autónoma



IEF
INSTITUTO DE ESTUDIOS Y FORMACIÓN

02

material coleccionable de publicación periódica

MATERIAL COLECCIONABLE DE PUBLICACIÓN PERIÓDICA

Esperamos sea un aporte de interés y aprovechamiento
para las y los trabajadores y quienes se acerquen
a estas publicaciones

INSTITUTO DE ESTUDIOS Y FORMACIÓN
CENTRAL DE TRABAJADORXS AUTÓNOMA
REPÚBLICA ARGENTINA

SECRETARIO GENERAL
Hugo "Cachorro" Godoy

SECRETARÍA ADJUNTA
Ricardo Peidro, Mariana Mandakovic

COORDINADORES IEF
Daniel Godoy
Tomás Raffo

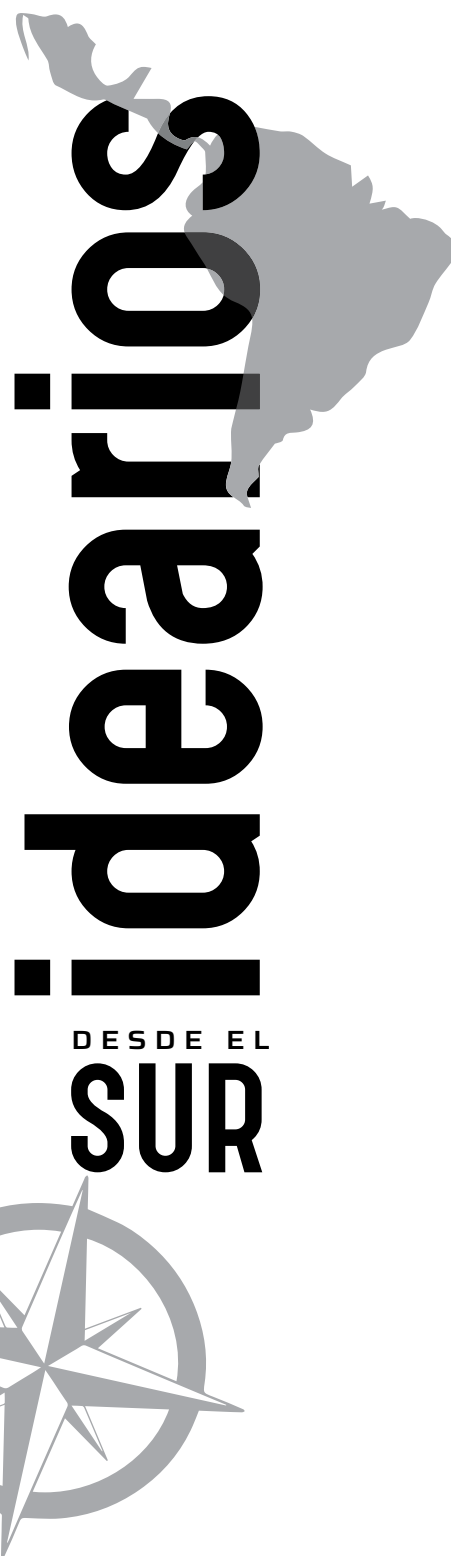
IDEA ORIGINAL, DIRECCIÓN Y DESARROLLO
Daniel Godoy

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN
Ines Hayes (Coordinación)
Violeta Godoy, Fermín Arocena

PROPUESTA ESTÉTICA
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Cecilia Fernández Lisso

AÑO 2023

www.iefctaa.org | www.ctaa.org.ar
iefctaa@gmail.com



El lanzamiento de esta serie de publicaciones del Instituto de Estudios y Formación de la CTA Autónoma, tiene como principal objetivo tender un puente entre las generaciones presentes y los aportes teórico-políticos de intelectuales, militantes políticos, sociales y culturales que han abocado su práctica de vida y conocimientos a la legitimación y la conformación del pensamiento nacional.

El “Pensamiento Nacional y Popular” se compone de ideas, experiencias, memorias y afectos que atraviesan a la mayoría del pueblo. Su construcción no está definida estáticamente, sino que se crea y transforma constantemente, siempre en relación con la identidad y el aprecio de lo que se considera “nuestro”. Este pensamiento se halla en la base de todos los procesos históricos en donde el pueblo fue protagonista.

La idea de pensamiento nacional, lejos de significar una exaltación de “lo argentino” por sobre el resto de Latinoamérica y el Caribe, implica integrar las realidades políticas, económicas, sociales y culturales de la mayoría de estos pueblos desde una visión “Sur”. Las diferencias existentes entre los pueblos latinoamericanos y caribeños fueron intencionadamente creadas al calor del colonialismo, para facilitar la dominación a través de la exaltación del hombre blanco y las diferenciaciones impuestas entre indios, negros, mestizos y criollos. La “visión Sur” interpela la lógica imperialista, haciendo así tan instituyentes y vigentes las ideas y las propuestas de Simón Bolívar, San Martín o José Martí por ejemplo. o mucho más acá en el tiempo, José Carlos Mariátegui o Manuel Ugarte por ejemplo.

Entonces “IDEARIOS DESDE EL SUR” tiene como origen rescatar las memorias y las formas de contarse de nuestros pueblos, de quienes no han sido los vencedores, de los colonizados, esclavizados pero no así vencidos.

IEF * IDEARIOS DE



Presentación

Idearios desde el Sur sigue buceando en la galería de mujeres y hombres que, quizá sin quererlo o saberlo, han forjado un legado para las generaciones que se identifican con el llamado “campo popular”. No cualquier legado, sino aquel que contribuye a descifrar las claves de los nuevos tiempos para recrear el pensamiento nacional y popular, y que sigue manteniendo viva la llama de la esperanza y la práctica emancipatoria.

La importancia que emerge de esta trabajosa tarea militante de revisión y recopilación de aquellas y aquellos que con su pensar y su hacer nos re constituyen como sujetos deseantes de un mundo mejor, posiciona a IDEARIOS DESDE EL SUR en una pieza trascendente para la acción política.

En este segundo fascículo presentamos el semblante de la vida, la obra y el pensamiento de un personaje fascinante e imprescindible como Horacio Gonzalez.

La espacialidad de este fascículo es una verdadera trampa que lxs autorxs han tenido que sortear, para intentar mostrar el gigantesco aporte que Horacio González ha hecho al pensamiento nacional y popular.

Pensador, docente, escritor, investigador, son algunas de las categorías que vanamente intentan encasillarlo. Este material muestra solo algunas pinceladas representativas del hombre, el militante, el compañero.

Esperemos que el material sea del interés de las compañeras y compañeros.

Daniel Godoy

Co Coordinador IEF CTA Autónoma





Prólogo

Una dimensión relevante de las luchas emancipatorias es construir una biblioteca: no tanto la materialidad de una serie de libros, sino la puesta a disposición de un conjunto de saberes, historias, legados. La propia empresa de descolonizar, ardua, larga, demorada, retomada incesantemente y tantas veces derrotada, supone ir hacia el pasado para encontrar imágenes, conceptos, luchas, escrituras. Eso hizo durante muchas décadas, Horacio González. Militante, intelectual, sobreviviente de los setenta, comprometido siempre con el pensamiento de la revolución y las políticas de la igualdad; en cada momento de su vida, desplegó estrategias para poner a disposición de otras personas experiencias, autores, saberes de otros tiempos.

Horacio fue militante en su definición del ser intelectual e intelectual en los modos de concebir el compromiso político, porque era preciso en su conciencia de que cada acción aun cuando parezca pertenecer al orden de lo pragmático, implica una serie de reflexiones y querellas. Creó una escritura capaz de considerar esos planos, de seguir los matices y abordar las paradojas. Lo hizo al interior de la formidable tradición ensayística nacional, pero auscultando las filosofías de todo el mundo. Escribía sobre Arlt o Martínez Estrada, con el pulso estilístico de Merleau-Ponty y la sospecha persistente de Derrida. Y a la inversa, se arrojaba a pensar a Marx o a Heidegger, con la andadura de una preocupación por las turbulentas aguas de la política y la historia argentinas. Quizás todo eso lo cosía con la voluntad

intelectual gramsciana, esa que puso en juego con un título extraordinario “Para nosotros, Antonio Gramsci”, en 1971. Se trataba de una compilación de artículos del intelectual italiano, pensados desde el peronismo. Un Gramsci para buscar el cruce entre el movimiento social y político argentino con el horizonte revolucionario. O sea, el Gramsci que es el otro rostro de John William Cooke, o lo que buscó en ambos, una y otra vez, Horacio González. Que estos nombres se lean como mojones de un territorio, no como datos a saber, porque de lo que se trata no es de alguna erudición -no se trataba de eso en el contundente recorrido que Horacio hacía en cada libro- sino de un esfuerzo político, el de procurar la justicia pendiente, una vida digna de ser vivida para las mayorías habitualmente condenadas a la explotación.

Cuando Horacio González murió, en junio de 2021, varios sindicatos organizaron homenajes. Los taxistas publicaron un flyer que decía: “Maestro, seguirá viajando con nosotros”. Festejaban a quien había escrito un precioso libro de ensayos llamado El arte de viajar en taxi. CTERA homenajeó, en un acto virtual en los primeros días después de su muerte, al intelectual que había acompañado reuniones, asambleas, paros, conferencias. UOLRA, el sindicato de ladrilleros, también por esos días, convocó a una reunión-homenaje por zoom. Allí, una integrante del sindicato dijo: Horacio nos enseñaba las palabras y el significado de las palabras. Esa es quizás la más precisa definición de una labor intelectual: poner en juego palabras que no están dadas, que no son parte del acervo cotidiano, que inauguran modos diferentes de pensar y comprender el mundo, y poner a disposición claves para comprenderlas, utilizarlas.

Hubo muchos otros homenajes, pero esos, como este fascículo que edita la CTA AUTÓNOMA

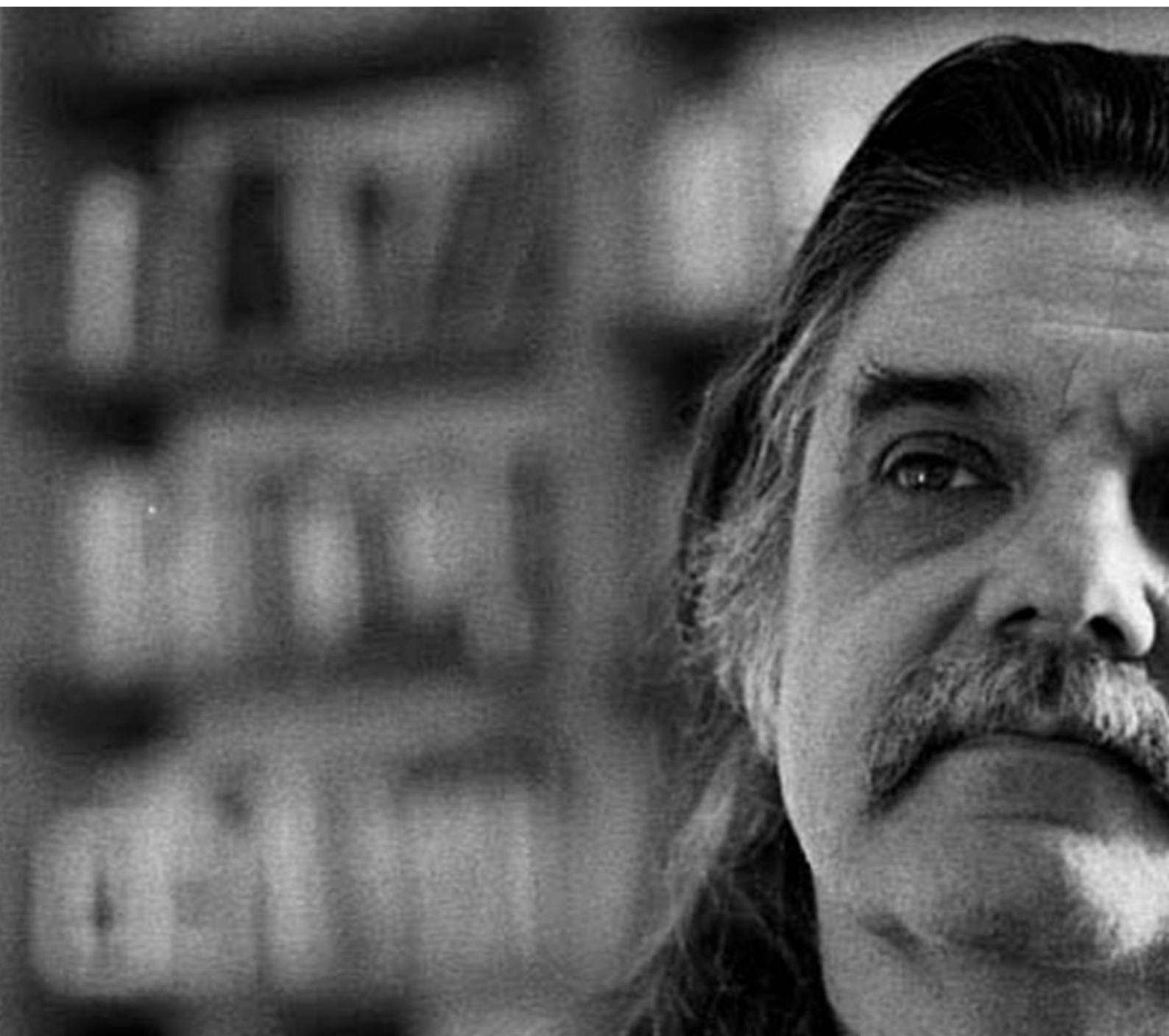
surgen del corazón de las organizaciones de lxs trabajadorxs. Del lugar que Horacio elegía, siempre. Porque pensaba que solo de la clase de lxs que trabajan, de la multitud plebeya, de esas vidas explotadas, podía surgir una política que valga la pena, una política de la emancipación. Cuando fue director de la Biblioteca Nacional hizo una gestión que no será olvidada, por su riesgo cultural y su osadía institucional. Lo hizo, convenciendo a cada trabajadora y cada trabajador, de que su labor era necesaria, porque no se trataba de una acción instrumental, sino de la puesta en juego de su sensibilidad, para construir la institución entre todxs. Las derechas suelen declarar superfluo al trabajo, al mismo tiempo que glorifican el esfuerzo (presunto) de los enriquecidos: pero lo hacen porque reconocer la importancia del trabajo implicaría considerar la relevancia de quienes trabajan, y más que eso, intentan -ocurre así cuando gestionan el Estado- convertirlos en personas sobrantes y desechables, del mismo modo en que conciben el trabajo comunitario vinculado a los planes sociales, como pura mascarada de una vida sin esfuerzo. Pensar desde las políticas emancipatorias, implica pensar desde les trabajadorxs, reconociendo lo imprescindible de su quehacer. Es lo que hizo Horacio González, por eso nada más justo que una Central de trabajadorxs organizados publique una semblanza de su vida y de su obra en una colección dedicada al Pensamiento nacional. O sea, en el marco de la apuesta incesante por crear una biblioteca para una política del porvenir.

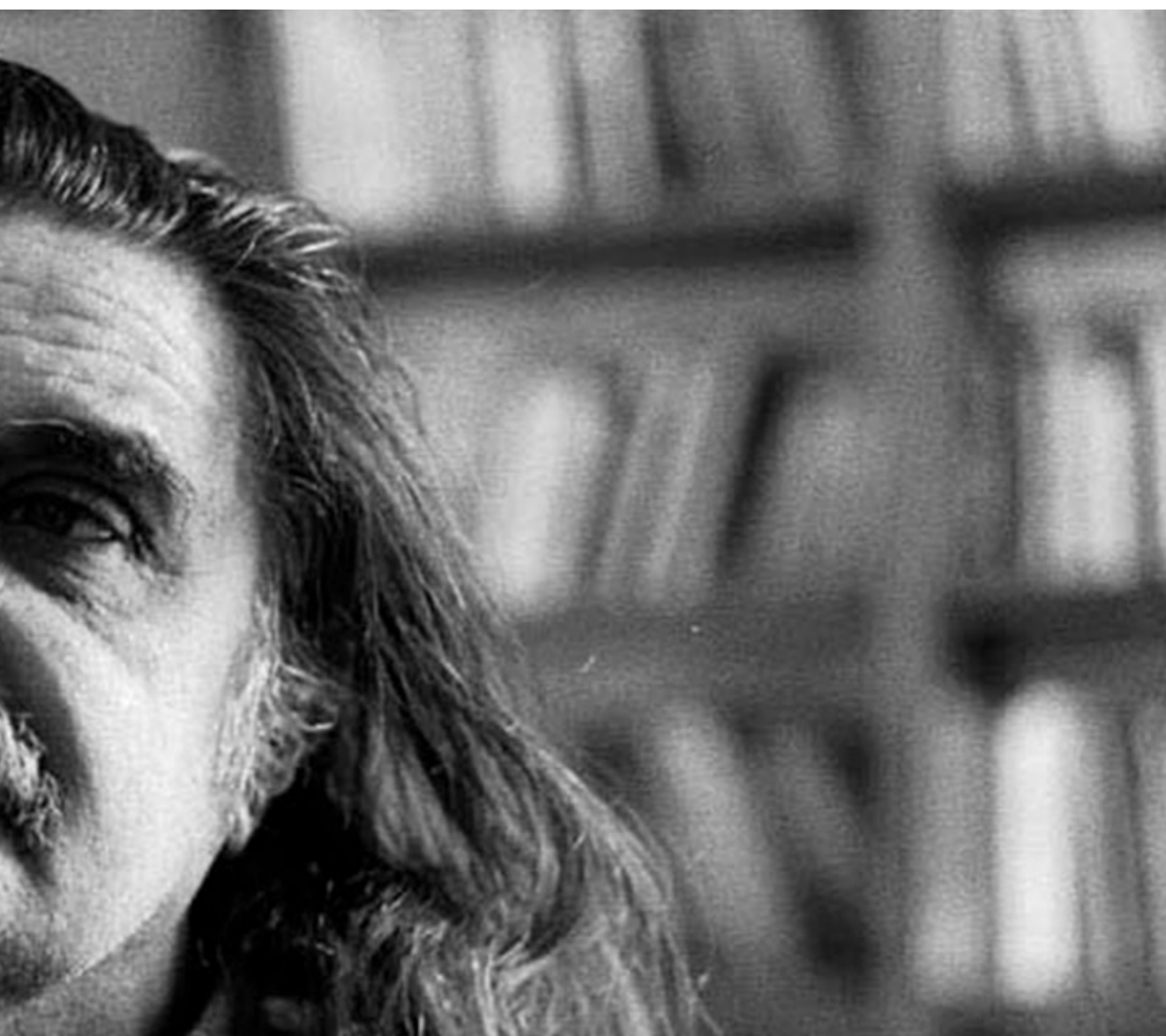
María Pia López

Socióloga, ensayista, investigadora y docente. Militante de causas varias, entre ellas, la feminista.

HORACIO GONZÁLEZ

SU VIDA Y SU OBRA





Horacio González nació el 1 de febrero de 1944 en el Hospital Pirovano del barrio porteño de Coghlan y estudió en el colegio comercial de Villa Devoto por consejo de su abuelo, un italiano que trabajaba en la Estación San Martín como ferroviario y era clarinetista de la Orquesta Popular de Recanati. Si bien Horacio recordaba a su abuelo como quien lo crió, cuando le recomendó que siguiera la carrera de contador, le explicó que eso no era lo que quería y con los años se terminó convirtiendo en uno de los principales referentes de la intelectualidad argentina. Sus propias palabras sintetizan lo que fue su infancia, “Muchas veces se escucha la frase «esto me enseñaron mis padres» con el orgullo de quien sigue mandatos que explican su conducta. Por mi parte, nunca pude decir eso, no podría sostenerme en «mandatos», que es la más fea de las expresiones, sobre todo cuando se refiere al campo de la herencia moral y familiar. Por eso prefiero decir que no fui criado, excepto por un abuelo ferroviario que..., iba a decir que me dio un mandato..., que me enseñó muy pocas cosas, algunas referencias a Giacomo Leopardi, el poeta de Recanati, que era de su mismo pueblo, y el funcionamiento del ferrocarril. Aprendí palabras como «buje», «cambio de vías» y «Capriotti», que era un tipo de locomotoras, antes que expresiones como «clase social» y «hegemonía»”.²

En los últimos años del secundario tomó la decisión de pasarse al Colegio Nacional Sarmiento, donde comenzó su militancia en el Centro de Estudiantes, que aún hoy sigue siendo combativo y representativo de los y las estudiantes. Este acercamiento político se dio en un contexto de una gran conflictividad social entre grupos nacionalistas

y liberales³. Y fue en ese espacio en donde comenzó a ver la pluralidad y las divergencias de la realidad política argentina.

“un primer despertar político” donde no solo comprendió el objetivo de la acción política, sino también, que los conflictos eran más complejos que una oposición binaria entre bueno y malo”

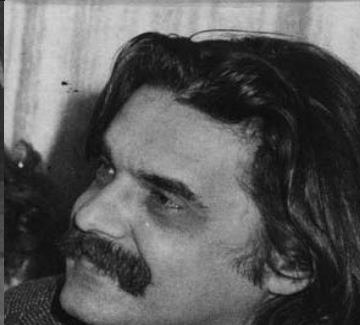
Su ingreso en la vida política estuvo representada por la lucha “laica o libre”⁴, una disputa entre quienes apoyaban o rechazaban la decisión del gobierno de Arturo Frondizi de permitir a las universidades privadas emitir títulos habilitantes. Ese hecho fue, en sus palabras “un primer despertar político” donde no solo comprendió el objetivo de la acción política, sino también, que los conflictos eran más complejos que una oposición binaria entre bueno y malo, donde la simple consigna encubría una realidad ideológica, social, política y cultural mucho más compleja.

En los Sesenta ingresó en la carrera de Sociología, acto que él consideraba como el “momento inaugural” de su vida. Allí atravesó distintos espacios políticos como el TAU (Tendencia Antiimperialista Universitaria) perteneciente al grupo MIR

³ Lo que se discutía era si había que llevar al Estado a la modernización vía capitales transnacionales o si el desarrollo nacional debía ser independiente.

⁴ Esta discusión fue paralela a los debates por la “Batalla del petróleo”. A fines de agosto de 1958, trascendió que el gobierno estaba por concretar la vigencia del artículo 28 mediante su reglamentación para permitir a las universidades privadas expedir títulos habilitantes. Quienes se oponían a la medida hicieron gestiones ante el Poder Ejecutivo y ante el Congreso Nacional, incluyendo pronunciamientos de la FUBA. El 28 de agosto de 1958 los siete rectores de las siete universidades nacionales (entre ellos José Peco, Josué Gollán, Oberdán Caletti y el hermano del presidente de la Nación, Risieri Frondizi), pidieron al Poder Ejecutivo Nacional, la no concertación del decreto para universidades privadas, argumentando que era: “para no alterar la vida institucional y académica”.

² En *Historia y pasión*, José Pablo Feinmann y Horacio González, la voluntad de pensarlo todo. De Héctor Pavón. Editorial Planeta, 2013.



(Movimiento de Izquierda Revolucionaria) encabezado por Silvio Frondizi. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria estuvo integrado en su gran mayoría por jóvenes marxistas, muchos de los cuales conformaron luego las organizaciones políticas y sociales de los años '70. El período entre 1955 y 1959 presentaba la posibilidad de que las ideas de Praxis tomaran cuerpo. Así lo señaló el propio Silvio (que había sido convocado en Cuba por el Che para dirigir la Universidad de La Habana) en 1959: "Creemos que en Latinoamérica están dadas las condiciones para una revolución socialista, pero nos faltan todavía algunas condiciones subjetivas. Claro está que el análisis de esta situación significa resolver el grave problema -tal vez el más grave que enfrenta la revolución socialista en el mundo- sobre las relaciones entre masa, partido y dirección". Horacio llegó a ser el presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a fines de los '60 cuando en el mundo florecían las acciones revolucionarias como el Mayo Francés, la Revolución Cubana y el Cordobazo⁵, entre otras.

Al igual que su amiga y compañera, Alcira Argumedo, fue parte constitutiva de las llamadas Cátedras Nacionales⁶, que existieron entre 1968 y 1972 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Según lo describió Horacio, este proceso

5 La década de los '60 se caracterizó por las confrontaciones internacionales y las protestas de la ciudadanía. Había un convencimiento de que la Revolución estaba a la vuelta de la esquina. Fueron famosos los movimientos de protesta contra la Guerra de Vietnam, la Primavera de Praga. En América Latina la Revolución Cubana se convirtió en un faro para todo el continente y el mundo y en Argentina, el Cordobazo, el Rosariazo, el Tucumano, el Correntinazo, entre otras luchas, demostraban la unidad de la clase obrera y el estudiantado contra las políticas capitalistas.

6 Las Cátedras Nacionales tuvieron como objetivo desarrollar una sociología propia, alejada del eurocentrismo imperante en ese momento. Quienes las llevaron adelante partieron de la base de la insuficiencia de los estudios sociológicos y filosóficos de Europa y Estados Unidos, proponiendo la recuperación de las tradiciones y corrientes de pensamiento latinoamericanas, valorizando el estudio universitario de los saberes populares, habitualmente desvalorizados o suprimidos de los programas universitarios.



Revolución Cubana - 1959



Cordobazo - 1969



Mayo Francés - 1968



Esta tendencia universitaria, que contó con intelectuales como Roberto Carri y Susana Checa, no sólo rechazó la neutralidad de las disciplinas científicas desde un enfoque teórico-metodológico, sino que conformó un movimiento político de repudio y resistencia a la dictadura de Onganía

fue inicialmente impulsado por profesores con un sesgo nacionalista-popular y eclesiástico que ingresaron en la Universidad después de la intervención dictada por la dictadura de Onganía. Estos profesores (entre quienes se pueden destacar a Justino O'Farrel y Gonzalo Cárdenas) convocaron a los estudiantes, quienes empezaron a disputar pequeños espacios dentro del ámbito universitario y así nacieron las Cátedras.

Esta tendencia universitaria, que contó con intelectuales como Roberto Carri y Susana Checa, no sólo rechazó la neutralidad de las disciplinas científicas desde un enfoque teórico-metodológico, sino que conformó un movimiento político de repudio y resistencia a la dictadura de Onganía. Con la llegada de Cámpora al Gobierno Nacional en 1973, lograron tomar la Facultad y nombrar un decano propio.

Durante sus años de estudiante de Sociología fue alumno de José Luis Romero, Halperín Donghi y Roberto Carri, de quien se hizo amigo. Retomando las enseñanzas de su abuelo, fue en esa época en que participó de encuentros claves con ferroviarios socialistas en bares del barrio de Boedo. Su primer trabajo fue como bibliotecario en la Facultad de Filosofía y Letras, por recomendación del poeta y periodista Alberto Szpunberg. Luego de su tránsito por el MIR, militó en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAP) y en el Movimiento



Revolucionario Peronista (MRP), que lo tuvo como responsable de una unidad básica en el barrio de Flores. Este espacio político confluyó posteriormente en Montoneros, de donde se fue en 1973. Cuando cayó el gobierno de Héctor Cámpora, participó de la “Movilización de los basureros”, la lucha por la sindicalización de un grupo de trabajadores de los barrios del Bajo Flores.

En 1974, cuando Montoneros pasó a la clandestinidad, Horacio siguió en las unidades básicas y tuvo un breve paso por la JP Lealtad.

Entre el 73’ y el 76’, dio clases en una materia introductoria de la carrera de Económicas, por la que pasaron 10 mil alumnos. Estuvo preso en Devoto un par de días y, en 1976, sin estar militando orgánicamente, lo detuvieron y apresaron durante seis meses en el Departamento Central de Policía con una causa que fue remitida al Consejo de Guerra del Ejército que, al igual que la Justicia Federal, se declaró incompetente. Cuando lo liberaron se exilió en Brasil, en la ciudad de San Pablo donde ejerció la docencia hasta regresar a la Argentina en 1983. Y en plena década de los ’90, se doctoró en Ciencias Sociales por la Universidad de Sao Paulo.

Tras una larga trayectoria como ensayista y docente, se desempeñó como director de la Biblioteca Nacional entre el 2005 y el 2015 en donde pudo desplegar su pasión por las publicaciones, ya sea en formato de libro o revista, con un gran compromiso y dedicación. Horacio consideraba a la Biblioteca un espacio trascendente, una instancia de comunidad y “una de las vigas maestras de la historia de la Nación Argentina”⁷. No hubo ni un solo trabajador o trabajadora de esa institución pública que no lo recordara el día que se enteraron de su muerte. Y es que Horacio dejó una huella en cada uno

⁷ Horacio Gonzalez en su discurso de despedida de su gestión de la Biblioteca Nacional. 2015.

que lo conoció. Las revistas eran para él también fundamentales. Fue editor de *Envido* en los 70, de *Unidos* en los 80 y de *El ojo mocho* en los 90. Además, apostó a la recuperación y divulgación de libros que habían conseguido un escaso reconocimiento, ya fueran libros pocos exitosos de reconocidos escritores, hasta otros de autores olvidados o proscriptos.

En 2013 fue distinguido con el título de Doctor Honoris Causa, otorgado por la Universidad Nacional de La Plata. Publicó numerosas obras de gran valor sociológico, filosófico e histórico como *La ética picaresca*, *Decorados*, *El filósofo cesante*, *Las multitudes argentinas*, *Restos Pampeanos* y *Filosofía de la conspiración*. Fue director y editor de la revista *El ojo mocho*, que habilitó reflexiones estéticas, políticas, históricas, éticas, morales y filosóficas, inspiradas en el espíritu crítico. María Pía López, Christian Ferrer, entre otros y otras, lo acompañaron en ese proyecto. Sus compañeros y compañeras lo recuerdan como el gran hacedor porque constantemente pensaba en nuevos proyectos, caminos e ideas.

Desde 2008, Horacio formó parte de la fundación del Espacio Carta Abierta donde participó hasta su disolución en 2019, al igual que otra multiplicidad de intelectuales tales como José Pablo Feinmann, Horacio Verbitsky, Nicolás Casullo, Ricardo Forster, entre otros y otras. El Espacio se expresó a través de la construcción de cartas que pretendían trazar una mirada crítica y constructiva en torno a la coyuntura política y económica del momento. En ese marco, esa variedad de intelectuales, a la par de un sin fin de políticos, artistas, dirigentes sindicales, entre otros, pusieron de manifiesto la necesidad política de democratizar los debates que atravesaban a la sociedad argentina de ese entonces, que incluso poseen gran vigencia hasta hoy. Los debates estaban



"Este Frente puede y debe venir en rescate de una sociedad humillada y defraudada a través de lo que está siendo una de las operaciones de captura del poder político mejor preparadas por esas novedosísimas alquimias especializadas en vulnerar las raíces mismas de la vida política".

Carta Abierta/22



en vinculación directa con el avance de la derecha y sus políticas neoliberales en Latinoamérica y específicamente en Argentina, cristalizado en grupos económicos históricamente dominantes. También se centraron en las transformaciones en el mundo del trabajo haciendo especial énfasis en las telecomunicaciones y sus implicancias en la coyuntura contemporánea. A partir de este Espacio, se pretendía construir un horizonte democratizador de los asuntos públicos, brindando especial importancia a la necesidad de fomentar un pensamiento crítico y emancipatorio. El grupo tuvo su origen durante el paro agropecuario patronal, en el que en el transcurso de 129 días (entre el 11 de marzo de 2008 y el 18 de julio de 2008) los grandes productores del campo realizaron una serie de medidas para interrumpir algunas actividades económicas.

Los integrantes de Espacio Carta Abierta hicieron su primera presentación pública el 13 de mayo de 2008 en la librería Gandhi, en la ciudad de Buenos Aires, en una mesa integrada por Horacio Verbitsky, Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Jaime Sorín, donde presentaron la primera Carta abierta, firmada por setecientos cincuenta intelectuales y artistas. “Se trata de una recuperación de la palabra crítica en todos los planos de las prácticas y en el interior de una escena social dominada por la retórica de los medios de comunicación y la derecha ideológica de mercado. De la recuperación de una palabra crítica que comprenda la dimensión de los conflictos nacionales y latinoamericanos, que señale las contradicciones centrales que están en juego, pero sobre todo que crea imprescindible volver a articular una relación entre mundos intelectuales y sociales con la realidad política. Es necesario crear nuevos lenguajes, abrir los espacios de actuación y de interpelación indispensables, discutir y participar en

la lenta constitución de un nuevo y complejo sujeto político popular, a partir de concretas rupturas con el modelo neoliberal de país”, se leyó en la primera comunicación del espacio.

“Se trata de una recuperación de la palabra crítica en todos los planos de las prácticas y en el interior de una escena social dominada por la retórica de los medios de comunicación y la derecha ideológica de mercado.”

González vivió las jornadas de movilización del 2001 en la calle. Fue hasta Plaza de Mayo el 19 de diciembre por la noche, compartió con un pueblo movilizadísimo esas horas de protesta ante un gobierno que recortaba salarios, reprimía y bajaba jubilaciones. Y, al otro día, fue a tomar examen y volvió a la Plaza. En ese tiempo histórico, se sumó y participó en las asambleas de San Telmo, Parque Lezama y Parque Centenario.

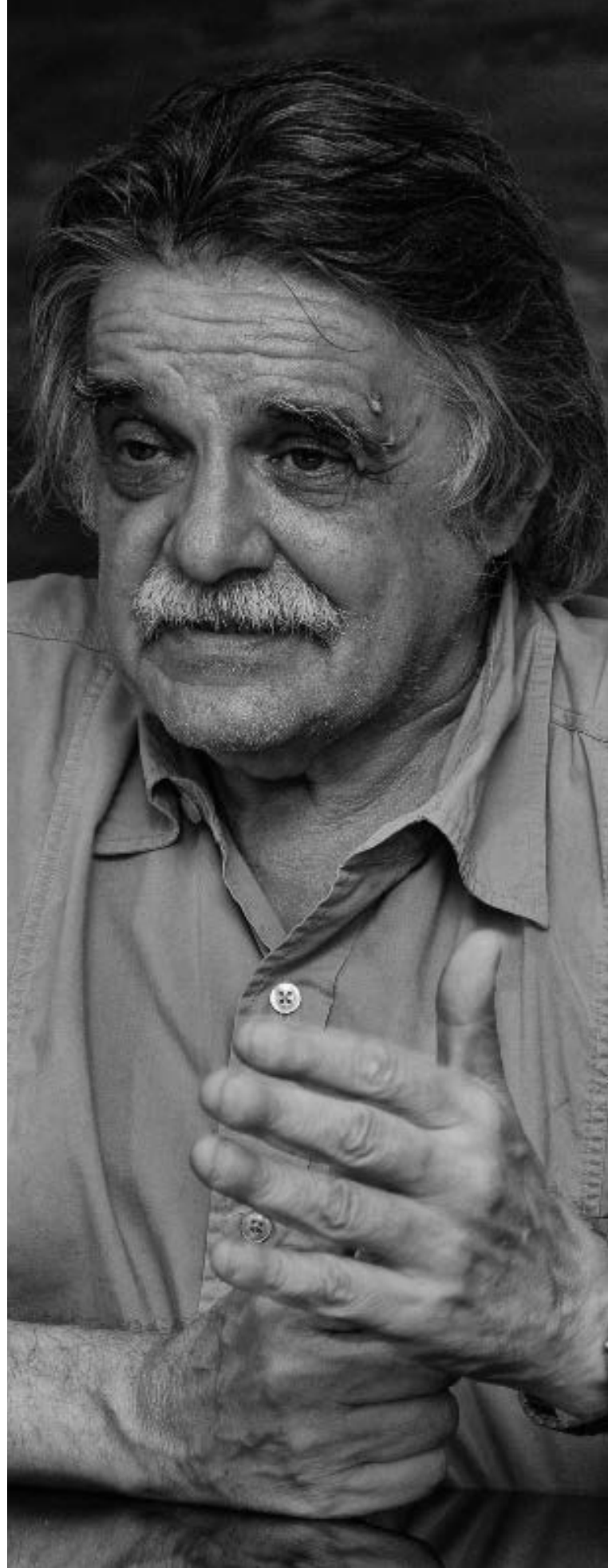
La literatura de ficción era también otra de sus grandes pasiones y entre 2004 y 2014 participó del gran jurado de los Premios Konex dedicados a las letras argentinas. Fue director de la editorial Fondo de Cultura Económica para Argentina durante dos años y de la colección Puñaladas de Colihue, fundamental para la difusión del ensayismo argentino contemporáneo.

Enseñar para aprender

A partir de 1968 emprendió el camino de la docencia y desde entonces nunca dejó de pisar un aula universitaria y dictó cada clase como si fuese la última. Fue profesor titular en la UBA, en la Universidad de Rosario y en la Facultad Libre de Rosario.

“Horacio era un profesor osado, con una gran capacidad de inventar situaciones y poner el conocimiento con relación a la curiosidad, lo extraño. No se trataba de dar un programa sino de enseñar un método, una disposición, un modo de leer. Sus clases eran como sus escritos, con una lengua tramada en el arrojo a pensar mientras está sucediendo y a la vez en busca del modo más preciso del decir. Era un profesor generoso, que estimulaba escrituras y trataba a cada estudiante como un par, con quien conversar y polemizar. Nos hicimos escritores y docentes, varias personas, por esa generosidad”, dijo María Pía López, socióloga y docente que reunió, junto con Horacio y Guillermo Korn, en *La palabra encarnada*, editado por Clacso, los escritos más trascendentes del pensador, desde 1985 hasta su muerte.

“La cursada en la que fui su alumna recuerdo que siempre llegaba con una pila de libros que ponía sobre el escritorio y que jamás abría. Citaba de memoria, hacía sus propios recorridos improvisados sobre los textos. Era un orador imponente, un hipnotizador del discurso. Ir a sus clases era una fiesta de la palabra”, recuerda la socióloga Eugenia Zicavo en una entrevista de Telam. Sus alumnos y alumnas además lo recuerdan por ser uno de los profesores que proponían a John William Cooke, Arturo Jauretche o Juan Jose Hernández Arregui en sus lecturas universitarias.



La inclusión de estos autores dentro de la bibliografía obligatoria significaba un hecho rupturista, ya que se trata de personajes fundamentales en la historia del peronismo, vinculados tanto con un pensamiento nacional autónomo y popular como con la militancia efectiva, sin embargo, el ensayismo popular de Jauretche, o el rescate de una Sociología de características argentinas y latinoamericanistas en contra del eurocentrismo por parte de Hernandez Arregui, no suelen ser incluidos en las cátedras universitarias.

Otro elemento de la docencia de Horacio era su original manera de dar clases y reflexionar junto a los estudiantes: su afán de combatir la rigidez de la vida universitaria encontraba una expresión directa en su voluntad de reconvertir los formatos tradicionales de evaluación y su creencia y puesta en práctica de que se podía dar clases en casi cualquier lado mientras existiera el intercambio y la reflexión; así los momentos de aprendizaje no solo se desarrollaban en el ambiente típico del aula universitaria, sino también en lugares inimaginados como bares o colectivos. En palabras de Darío Capelli, ex alumno y compañero de cátedra de Horacio, “dio muchas clases en la calle. Memorables como aquella en la esquina de YPF, sobre Diagonal Norte, contra la privatización del principal recurso económico del país o en la puerta del Rectorado de la UBA, sobre Viamonte, probablemente alertando sobre los mecanismos de burocratización y acreditación de los saberes. O en las escalinatas del Museo Nacional de Bellas Artes: bellas clases sobre La vuelta del malón, El despertar de la criada o Sin pan y sin trabajo.”⁸

Sus mismos estudiantes percibían que Horacio los iba a hacer pensar de una manera distinta, sin

⁸ Darío Capelli para publicación de la carrera de Sociología de la UBA





Activar Windows
Ve a Configuración

linealidades. “El no actuaba de intelectual, asociaba ideas que permitieran hacer convivir diversas tradiciones de pensamiento de toda época y lugar; no excluía absolutamente de sus propias vigas de pensamiento, reflexionaba con lo que tenía a la mano porque consideraba que cualquier situación era pasible de ser reflexionada”, dice Capelli.

A Horacio, esta actitud innovadora que fomentaba la libertad, le costó múltiples cuestionamientos en diferentes ámbitos, sin embargo, también le devolvió la admiración y gratificación de todos sus estudiantes y de muchos otros que lo entendieron como una figura que demostraba que los horizontes transformadores podían expresarse de múltiples

formas, en múltiples ámbitos: desde un aula, un libro, un sindicato, hasta en la calle del “que se vayan todos”. Muchos de esos estudiantes fueron quienes decidieron acompañar a Horacio en sus cátedras para compartir la labor de la docencia con él. Independientemente de los cuestionamientos que le pudiesen hacer a su metodología educativa, su compromiso con la educación era algo incuestionable. Darío cuenta además que en una ocasión Horacio habría perdido el colectivo para ir a dar clases a Rosario y, sin dudarlo, pidió un remis desde Capital Federal para poder llegar y lo pagó con su propio dinero.

“En la década del 90, junto con Christian Ferrer,

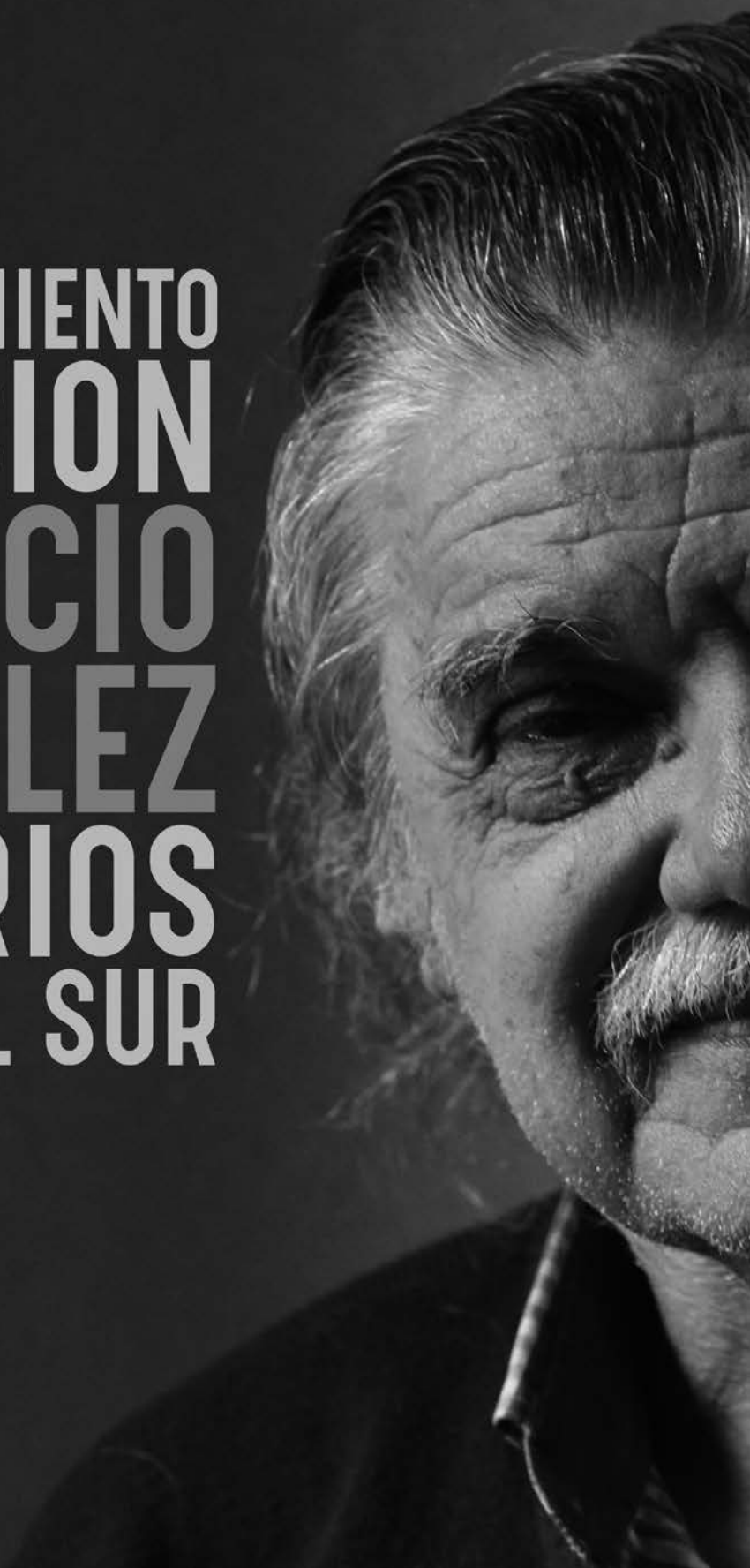


imaginaron una Universidad de los Aires, que habitaría por un día el edificio de la Facultad de Ciencias Sociales. A quienes participaban se les expedía un diploma en Saberes inútiles. Gesto patafísico, humorada a la Macedonio Fernández, denuncia socarrona de una vida universitaria que se iba convirtiendo en una acumulación de acreditaciones para merecer incentivos y categorizaciones. En “El perfringo”, publicado en La Letra A, la revista anarquista que editaba Ferrer, toma el género de la ponencia para escribir un artículo humorístico sobre el pollo. De nuevo, la risa como insurgencia contra el formato que se nos dispone para escribir o investigar. El humor es su tema de

investigación, como lo fue La risa para Henri Bergson. González pensó las ciencias sociales buscando en ellas una reflexión sobre La ética picaresca: si allí refulge el Lazarillo de Tormes, también aparece el trato que le dan Weber, Marx, Gramsci, Antonio Cándido, Lévi-Strauss y JeanPaul Sartre. El capítulo que publicamos en este apartado se despliega en lecturas teóricas de alto vuelo y culmina con el análisis de la actuación de Alberto Olmedo. Qué mayor acto de la escritura picaresca que producir ese salto de lo alto a lo bajo, de lo culto a lo popular, no como aplicación sino como reconocimiento del problema tratado”, se lee en la introducción de María Pía López y Guillermo Korn de La palabra encarnada.



SU PENSAMIENTO
ERA ACCION
HORACIO
GONZALEZ
IDEARIOS
DESDE EL SUR



Para Horacio, no se podía desentender el pensamiento teórico e intelectual de la acción colectiva; era ineludible detenerse a contemplar y aprender de la fuerte herencia de los movimientos populares. En 2017, Horacio participó de una mesa de debate en la Feria del Libro acompañado por Esteban “Gringo” Castro, secretario general de la UTEP y Luis Cáceres, secretario general del sindicato de familias ladrilleras y organizador del evento. El público estuvo integrado principalmente por trabajadores del ladrillo y sus familias. En un clima de profunda preocupación por el deterioro social que provocaba el gobierno de Mauricio Macri, Horacio González habló con una extraordinaria sensibilidad creando una comunión reflexiva, inolvidable para quienes estuvieron allí.

Horacio había adquirido una gran admiración por el gremio de los ladrilleros, por el trabajo y las condiciones que implicaba realizar ese trabajo en concreto. En sus palabras se trata de “una de las formas más antiguas, más relevantes y más emocionantes del trabajo porque está en los cimientos mismos de cómo se construyó la civilización”. Y razón no le faltaba puesto que el ladrillero se remite a la construcción de la habitabilidad, de los grandes elementos contemporáneos de la humanidad. Esta idea no solo aplicaba en este caso, sino que era un pensamiento central en él: los distintos trabajos y gremios marcan distintos modos y aspectos de la modernidad, los gremios de la “circulación” (camioneros, taxistas, etc.), por ejemplo, representan la importancia de circulación hoy en día.

González no ignoraba la variedad y diferencia entre los tipos y modos de trabajo que existen en la actualidad y por eso se preguntaba si pertenecían a una misma clase social. Hoy en Argentina existen tanto los trabajadores agrícolas llamados “golondrina” (porque migran estacionalmente con

las cosechas), como los trabajadores que llama sedentarios, aquellos quienes tienen un modo de vida muy arraigado con el territorio donde viven –como los ladrilleros mismos–, pero también los “trabajadores inmateriales”, aquellos que responden a las necesidades y características de la globalización (como quienes trabajan en un call center o incluso como trolls); aunque no olvidaba a los excluidos, los trabajadores que “se anuncian a sí mismos como trabajadores, habiendo sido descalificados, por un proceso cruel de expulsión del orden laboral, del orden creativo, del orden que los hace sujetos y no personas por el capitalismo más cruel”, decía Horacio.

Y hacía una muy importante salvedad: “No puede haber un trabajo intelectual que no sepa lo que es un trabajo manual. Y no puede haber un trabajo manual que no tenga detrás de sí siglos y milenios de pensamientos del hombre”, a esto agregaba: “El plomero es hijo del intelectual que le enseñó cómo se coloca el plomo ante la necesidad de trasladar algo por el interior de un caño”. La enseñanza es que, para pensar un movimiento popular unido y articulado, no debería haber ninguna barrera entre el trabajo intelectual y el manual.

Independientemente de las innumerables diferencias que existen entre todos los trabajadores, el lugar donde trabajan, sus ingresos, sus condiciones de trabajo, aquel que fue expulsado y marginado a su auto-explotación para sobrevivir, él los amparaba bajo una noción humanista y creadora: “el trabajo da vida, el trabajo nos hace humanos no importa donde, arriba de un camión o en una silla de computadora. Es preciso pensar el concepto de humanidad creadora, relaciones humanas autónomas, junto con la idea del trabajo emancipado”. González se negaba a pensar el trabajo desde la productividad porque “la productividad es

una medida de coacción –decía –, es decir, de medir a las personas como si fueran máquinas”.

En este sentido, Horacio hacía un breve pero necesario repaso histórico de las condiciones de vida de la clase trabajadora a través de la obra de uno de los mayores pensadores de la clase obrera, Karl Marx y *El Capital*: “además de ser una teoría complejísima que es necesario estudiar, [Marx] hablaba mucho de las condiciones del trabajo en el siglo XIX y se basaba en las primeras estadísticas sobre el trabajo.(...) ¿Y qué conclusiones sacaríamos de esas estadísticas? Que el trabajo infantil es hoy más grave que en el siglo XIX, que las formas de explotación son más graves que las del siglo XIX, que el horario de trabajo – que era de diez horas y se logró, con mártires, bajar a ocho horas – hoy... esos martirologios son como si contaran, porque en un call center se trabaja doce horas”. Hoy se trabaja mucho más de lo que los trabajadores y trabajadoras hubieran querido hace doscientos años Y esto, ¿por qué es así? Porque existe una noción productivista falsa del trabajo.

La concepción productivista del trabajo era la dominante hoy en día. Esta idea es creada y amplificadora por los grandes monopolios de la informática. El control que tienen estos actores sobre la tecnología y la información es una muy efectiva forma de gobierno, es la forma de gobierno que nos hace olvidar la dimensión humanista del trabajo, decía Horacio. El productivismo es la idea que nos lleva a trabajar cada vez más horas por día, aun cuando el capitalismo no necesita tantas horas de trabajo, es una forma de disciplinarnos colectivamente, pensaba Horacio. Por eso, un gran motivo de los movimientos sindicales de todo el mundo debería ser -para Horacio- recuperar las raíces humanas y creadoras del trabajo.

El productivismo como forma de opresión no

existe por sí solo, sino que está acompañado de otros dispositivos que lo fortalecen, como el modo humillante de tratar al trabajador que cada vez se hace más presente en estas sociedades. Por eso, Horacio ponía como ejemplo al gobierno de Mauricio Macri: “un gobierno de opresores, un gobierno que se cansó de llamar vagos y “choriplaneros” a los trabajadores. “¡Nos están diciendo que sobramos! Y, efectivamente, el trabajo argentino construyó la Nación”, enfatizaba Horacio. Por estas razones, González concluía que sí existe una clase trabajadora, que se enmarca en un movimiento popular más amplio, y esto lo justificaba en el hecho de que todos y todas trabajamos, y este trabajo de todos es el que crea la sociedad en la que vivimos. Ahora bien, en su pensamiento estaba también presente la idea de que, para que exista un movimiento popular unido, es necesaria la organización, esta idea recorre toda su obra y su vida. En esta organización, los trabajadores y las trabajadoras tendríamos la responsabilidad de, en primer lugar, luchar por mejores condiciones inmediatas de vida (mejores salarios, mejores espacios de trabajo, mayor paridad de género, etc.) y, en segundo lugar, de “(...) desarrollar un interés por la construcción política gremial, nacional, popular, democrática, con fuerte presencia obrera y con una gran democratización interna en la instancia de elección de los candidatos. (...) ¿Por qué esto sería importante para un ladrillero? Es importante porque para un ladrillero, un camionero o un maestro es fundamental que la Argentina viva un proceso de democratización novedoso que lo saque de esta coerción, de esta explotación, de este modo humillante de tratar al trabajador como ñoqui, choriplanero, etc”, reflexionaba.

Su pensamiento también se trasladaba a la acción en el campo de la Historia Reciente y la memoria.

La cuestión del terrorismo de Estado ocupó un lugar primordial en el análisis de Horacio: sus conclusiones fueron grandes disparadoras para pensar la Dictadura y establecer diálogos entre el pasado reciente y el presente. En 2016, participó de un espacio de reflexión y debate llevado a cabo en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) en el marco de la semana de la Memoria por la Verdad y la Justicia. Allí planteó que la sociedad no debía permanecer indiferente a la cuestión del terrorismo partiendo de la base de que “si hay terror, es difícil que haya pensamiento. El terror es el modo en que un elemento particular y singular se generaliza de una manera repentina y, en ese sentido, sin duda es visto como un instrumento que genera poder. El terrorismo de Estado supone un cierto uso de la ilegalidad, una disponibilidad de decidir sobre las vidas de las personas al margen de la ley y del sistema legal de derechos, los cuales se imponen durante una dictadura militar”⁹

En 2019, la Asociación Madres de Plaza de Mayo le otorgó su máxima distinción: el Pañuelo Blanco. Fue presentado por Hebe de Bonafini, luchadora incansable por los derechos humanos y fundadora de la Asociación Madres, quien lo describió como un actor legendario. En ese marco fue reconocido por su dedicación y su aporte intelectual al análisis de la Dictadura y a la lucha de las Madres en una mesa en la que además participaron la cantautora y compañera de Horacio, Liliana Herrero y el historiador Ulises Gorini. En palabras de Hebe, “hay pocos intelectuales que se la juegan. En momentos tan difíciles del país, esta entrega del Pañuelo es para valorizarlo. Ahora se usa para muchas cosas el Pañuelo, algunos se lo ponen para entrar a un festival, y a mí me duele un montón. El pañuelo para

las madres es como el abrazo del hijo, no me gusta que el blanco se ensucie. Nosotras entregamos el pañuelo a los mejores, para que entiendan que no es un pedazo de trapo, es un símbolo nacional; por eso se lo damos a los mejores y Horacio es uno de los mejores”.

“El pañuelo de las madres es ese punto de resistencia ante las inclemencias del viento de la historia, donde todo parece desmoronarse. Pero esa vela sigue encendida.”

Al recibir el pañuelo, Horacio leyó un texto que había escrito para la ocasión: “Quisiera terminar invocando a Julio Cortázar. Hablaba de cuando el viento arrecia sobre las velas de una embarcación. Se podría considerar entonces que se genera allí un nudo vélico, pero vélico de velas, no de ofensa o agresividad. Un nudo vélico con v corta, esto es, el punto máximo de resistencia que en un punto específico oponían las velas al poderoso soplo entrecruzado de los vientos. El pañuelo de las madres es ese punto de resistencia ante las inclemencias del viento de la historia, donde todo parece desmoronarse. Pero esa vela sigue encendida. Es este pañuelo que sigue diciéndonos que un viento que puede ser destructivo, sin embargo, encuentra la intransigencia del propio pañuelo.”

⁹ Horacio Gonzalez en la charla desarrollada en la UNSAM “La democracia a 40 años del golpe”. 2016.

Los libros de Horacio y la clase trabajadora

Desde que empezó a escribir en los años '80 hasta su muerte, fue uno de los más prolíficos escritores dentro de los pensadores de su generación. En su discurso, en la apertura de la Feria Independiente por el Derecho a Leer (FIDeL), impulsada por la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), Horacio dijo: "ciertas palabras, como 'libros', tienen un sabor mágico, tienen una aureola, un algo que nos hace perseguirlas; por más que haya libros que consideremos malos, la palabra libro es una palabra que tiene un valor casi sagrado: del deseo, de la imaginación; nos permite pensar que algo que sabemos que no es real, sea real".

"De Moreno a Cooke, de Lugones a Trotsky, de Borges a Walsh, Horacio propone, con su mirada aguda, una reinterpretación de la cultura nacional. Según sus palabras, en este trabajo, asumió la "moral del rastreador" para indagar el devenir de estos conceptos, en un recorrido que ilumina el pasado y el presente argentinos"

En su libro *Restos pampeanos*, editado por Colihue en 1999, escribió: "Simple y verdadero sería comenzar este libro con la indicación de que llamamos pampa a un conjunto de escritos argentinos, que son escritos sobrevivientes pero eclipsados o abandonados. De ahí también la cómoda idea de restos. Porque son escritos guarecidos dificultosamente de la desidia. Escritos que fueron elaborados, leídos y en su mayor parte olvidados, a lo largo de este siglo que finaliza". En ese texto recorre los pensamientos y las ideas de Ramos Mejía, Vicente Fidel López, José Ingenieros, cuyo escrito *Las fuerzas morales*

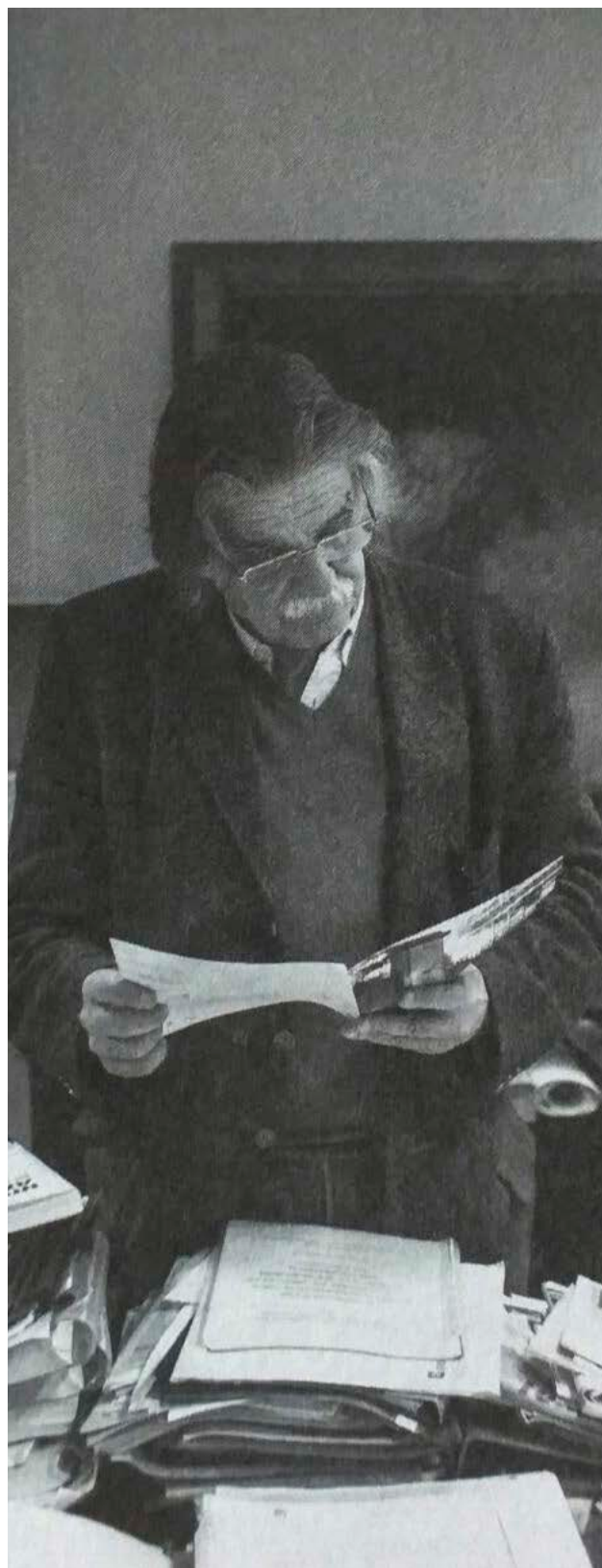
alentó a los jóvenes reformistas de 1918. También están Ameghino, Carlos Astrada, conocido por su contribución al Peronismo; pero también aparecen Arlt, Macedonio Fernández y Scalabrini Ortiz. En su recorrido no podían faltar Perón, Cooke y Trotsky. Tampoco Jauretche, Hernández Arregui, Santucho, Masotta, Walsh, Galasso, Rozitchner y Viñas. Uno de los objetivos del libro fue, según su autor, recuperar "una de las formaciones ideológicas más notables de las luchas sociales argentinas, que en los años sesenta cobró la vestidura de la izquierda nacional. Toda nación pronuncia con un soplo de voz el nombre de la revolución Así, va dejando vidas, textos y gritos por el camino. El insistente y si se quiere imposible propósito de este libro es recogerlos en el balance histórico de un siglo, no para disponerlos de nuevo en confiantes anaqueles, sino para hacerlos hablar otra vez con la justa y cálida presuposición de que valía la pena la pasión social argentina".

En su libro *Genealogías, trabajo y violencia en la historia argentina*, editado por la editorial rosarina Homo Sapiens, en 2011, Horacio retomó sus clases en la materia-ciclo *Genealogía de la política argentina* que dio en la Facultad Libre de Rosario. En esas páginas, como en sus clases, se exponen los diálogos y los cruces entre los doscientos años de historia argentina y el presente. Y lo hace a partir de dos conceptos clave: la violencia y el trabajo, transitando la manera en que fueron tratados por la cultura argentina, recorriendo luchas históricas como la Patagonia Rebelde o la Semana Trágica. De Moreno a Cooke, de Lugones a Trotsky, de Borges a Walsh, Horacio propone, con su mirada aguda, una reinterpretación de la cultura nacional. Según sus palabras, en este trabajo, asumió la "moral

del rastreador” para indagar el devenir de estos conceptos, en un recorrido que ilumina el pasado y el presente argentinos, enhebrando acontecimientos y personajes de la historia nacional en una serie que une —por citar sólo algunos nombres— a Liniers, Moreno, Sarmiento, Groussac, Biale Massé, Ingenieros, Ramos Mejía, Hernández, Jauretche, Walsh.

En 2007 publicó *Perón, reflejos de una vida*, en la editorial Colihue. Según Horacio, este libro intenta apenas un rumor de biografía, al tiempo que rememora hechos ampliamente conocidos. Pero también bucea en textos menos conocidos como *La comunidad organizada*, el discurso que dio Perón en la Universidad de Cuyo en 1949 y que retoma corrientes filosóficas desde la Grecia Antigua hasta el materialismo histórico para intentar explicar qué es la tercera posición. En este libro, Horacio revisa los escritos producidos por Perón y el Peronismo, entendiendo que los textos perviven como testigos de la historia.

Fue en el 2000 cuando se publicó *Historia crítica de la sociología argentina*, los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes con Horacio como compilador, editado también por Colihue. El libro reúne ensayos del propio González, de Lisandro Kahan, Gustavo Nahmías, Esteban Vernik, Leonora Djament y otros investigadores que recuperan 150 años de esta disciplina, desde Echeverría y Sarmiento. Se incluyen en él entrevistas a Alcira Argumedo, Mario Margulis, Inés Izaguirre, Lelio Mármora, Juan Carlos Portantiero y Julio Testa. El prólogo es de Eduardo Rinesi. En todos los capítulos se repasa la historia de la sociología, de la mano de Sarmiento, Ingenieros, Quesada, Cané, se desarma el concepto de “ser nacional”, con los conocidos como “discrepantes”: Martínez Estrada, Hernández Arregui, Carlos Astrada, se repasa los años de la



“sociología científica” con Gino Germani, Erro y Eliseo Verón y se revisita a Cortázar y a Osvaldo Lamborghini. “El problema es entonces de qué modo la sociología puede hoy reclamar una nueva consideración en el orden de los conocimientos y las enunciaciones prácticas de una vocación, pues es notorio que sus bagajes están resquebrajados y desnutridos, acaso agotados. Sin embargo, la sola prueba de rememorar debates, obras y fervores que hubo recogido en su itinerario moderno... nos ilustra sobre un tesoro moral e intelectual que vale la pena seguir interrogando. Única forma, desde luego, de que nuevas obras surjan de allí”.

En 2004, publicó *Filosofía de la conspiración*, marxistas, peronistas y carbonarios. Esta obra reseña y analiza momentos, hechos y figuras signadas por la actividad conspirativa: gestas europeas como las de la liberación y unificación de Italia y los antecedentes de la Revolución Bolchevique, pero también analiza desde el Plan de Operaciones adjudicado a Mariano Moreno hasta la tarea de John William Cooke durante la resistencia peronista. En 2011, a diez años del crítico 2001, la revista *Pampa* (que editaba la CTA)¹⁰ lo entrevistó y Horacio volvió a reflejar su genio indomable a la hora de analizar coyunturas. Uno de los conceptos más fuertes de ese momento político fue el “que se vayan todos”. Horacio era capaz de ver varias dimensiones de esta misma frase: una más literal, vinculada con la exigencia más fuerte de un momento político particular, pero también decía que “era un grito más sofocado porque, evidentemente, la situación que se creó después del 2001 es la de un gobierno que se obligó a escuchar, de alguna manera, y esa escucha es una escucha que permanece en muchos planos de inmersión, es una escucha sumergida.”

10 La entrevista se puede leer completa aquí: <http://archivo.cta.org.ar/Pampa-No-3.html>

Esta crítica iba más allá del gobierno de turno, era una impugnación al modelo de Estado, basado en políticas neoliberales, que se había presentado en los 70 y solidificado en los 90¹¹.

Más allá de las interpretaciones que se pudiesen hacer, Horacio intentó no ver lo ocurrido en 2001 como un fracaso por parte de un movimiento popular de construir algo que trascendiera a esa sociedad, sino más bien -y desde un optimismo característico en él- lo entendía: “como momento de fisura, de apertura, fue un momento recurrente donde emergió un espíritu libertario que supuso la posibilidad de pensarlo todo, incluso al que dice que hay que pensarlo todo. La obligación que tiene cualquiera que se vincule a un proceso de cambio es pensar que es algo que está en lugar de algo que podría ser mejor; que ocupa el lugar de algo que, sin esa presencia, podría ser mejor. Esa es la obligación que tiene cualquier proceso de cambio: pensarse incluso como obstáculo de algo que podría ser mejor, como problema ético de los procesos de cambio”. Su pensamiento no sólo transcendía el análisis superficial de la realidad, sino que también transcendía la mera observación del mundo, enseñaba que para cambiar el mundo, había que estar convencido que era posible construir uno mejor.

En esta entrevista, Horacio también habla de cómo tiene que ser la alternativa para construir otra política, una política “más escrita”: “Me refiero a escribir en el máximo nivel, no cartillas de publicidad política, que en las elecciones siempre hay. Tampoco me refiero a que lo escriba uno, ya

11 Las políticas neoliberales basadas en recargar las crisis del sistema capitalista sobre las espaldas de la clase trabajadora comenzaron a aplicarse en la región con las dictaduras militares y en los años '90 se profundizaron bajo gobiernos que traicionaron el voto popular prometiendo medidas que nunca llevaron a cabo, más bien todo lo contrario: privatizaciones, aumento de las edades jubilatorias, despidos masivos, congelamiento de aumentos salariales, aumento de precios.





que es una escritura colectiva –porque símbolos hay muchos, como siempre. Me refiero a que tiene que surgir de un proceso de relación del movimiento social e instituciones de escritura que no son literarias, sino que son instituciones de escritura de la política”. Horacio piensa a través del tiempo y hoy, diez años después, sus palabras no pueden ser más claras y contundentes: la construcción de algo nuevo se debe dar de manera mutua y recíproca entre un movimiento popular activo y la “escritura” de otra política colectiva.

Por su valiosa obra y su constante puesta en diálogo de la teoría con la práctica en pos de generar herramientas para la construcción de un campo popular rebelde que se sumerja en la lucha por la justicia y la emancipación nacional, Horacio pervivirá en la memoria y en la acción de

cada uno de aquellos que lo conocieron y que lo conocerán. Resulta necesario valorar su legado con la convicción de que es posible alcanzar un mundo donde no haya hambre ni pobreza, y para ello, qué más oportuno que recoger las palabras de algunos de sus tantos compañeros de vida y de reflexión.

Así lo recuerda el docente, ensayista e investigador, Ariel Pennisi: “Horacio González fue un intempestivo, nos acompañan sus palabras, sus intervenciones que se multiplican aún, pues nunca nos alcanzó el tiempo para escuchar todo lo que dijo, escribió, insinuó. Esas palabras que volvieron al lenguaje un lugar amable y, al mismo tiempo, profundamente incómodo, siguen afectándonos como “pensamiento en acto” (así lo definió hoy en una de las despedidas en la explanada de la Biblioteca Guillermo David) (...) Se volvió humorista



y escéptico, como Macedonio Fernández y Pirrón. Y como ellos, no hizo escuela en sentido estricto, dejó un legado, una especie de maestría para tratar con la provisoriedad, abstenerse de juicios últimos y habitar el vértigo de un pensamiento vacilante. Como lo hace una existencia generosa”¹².

Liliana Herrero, cantautora y licenciada en Filosofía, su compañera durante 40 años, dijo: “yo quiero defender la complejidad de Horacio, no hay que temerle a su complejidad. Horacio era una conciencia desgarrada. Cuando él escuchaba a sus compañeros todos decían ‘la paciencia infinita que tiene’; yo creo que si era un poco de paciencia pero también era saber que el otro, con el que conversaba con conceptos firmes, también era una

conciencia desgarrada, solo que no lo sabía. Eso es lo que pienso de Horacio y lo que quiero decirles a ustedes, porque todos tenemos que saber escuchar aquello que sentimos como fragilidad en el pensamiento, como duda, como temor, como terror, como alegría y como celebración. Para Horacio no había mejor cosa que conversar y discutir”. [...] “Yo no le pregunto a Horacio ‘por qué tal cosa’, no vale esa pregunta. Yo converso con Horacio todos los días de mi vida, y cuanto más se aleja el día de su muerte más amor siento por él y más inspirada me siento en sus lecturas”¹³

12 Ariel Pennisi en *La Vacilación Generosa en La Tecla* ene Revista.

13 La palabra de Liliana Herrero en el marco del primer Plenario Nacional y Popular “Horacio Gonzalez” realizado en la Universidad Nacional de Quilmes. 2022



Bibliografía y fuentes

González Horacio, compilador. Historia crítica de la sociología argentina. Editorial Colihue, 2000.

González Horacio. Perón, reflejos de una vida. Editorial Colihue, 2007.

<https://lateclaenerevista.com/horacio-gonzalez-la-vacilacion-generosa-por-ariel-pennisi/>

<https://lateclaenerevista.com/horacio-el-lazo-gonzalez-por-conrado-yasenza/>

https://www.youtube.com/watch?v=Wiz19d7ZkeY&ab_channel=PlenariodePensamientoNacionalyPopular

González Horacio. Genealogías. Trabajo y violencia en la historia argentina. Editorial Homo Sapiens, 2011.

<https://www.telam.com.ar/notas/202112/577980-anuario-cultura-horacio-gonzalez.html>

<https://www.youtube.com/watch?v=MCHCsUYgQ4Q&t=5049s>

https://www.youtube.com/watch?v=bMy_jBm6in8&t=321s&ab_channel=BibliotecaNacionalMarianoMoreno

<https://revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=707>



González Horacio. Filosofía de la conspiración, marxistas, peronistas y carbonarios. Editorial Colihue, 2004

<https://www.radionacional.com.ar/horacio-gonzalez-la-humanidad-no-va-a-salir-indemne-de-esta-pandemia/>

López María Pía y Korn Guillermo. La palabra encarnada, ensayo, política y nación, textos reunidos de Horacio González (1985-2019). Clacso, 2021.

Héctor Pavón. Historia y pasión José Pablo Feinmann y Horacio González. Editorial Planeta, 2013.

<http://archivo.cta.org.ar/Pampa-No-3.html>

<https://www.pagina12.com.ar/115693-fue-un-corte-historico-notable>

González Horacio. Restos pampeanos, ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX. Editorial Colihue, 1999.

<https://www.pagina12.com.ar/361462-liliana-herrero-voy-a-intentar-cantar-como-si-horacio-estuvi>

<https://www.telam.com.ar/notas/202206/596198-horacio-gonzalez-docente-expandio-pensamiento-mas-alla-aulas.html>

<https://www.telam.com.ar/notas/202112/577980-anuario-cultura-horacio-gonzalez.html>

<https://www.youtube.com/watch?v=1RRwwSRyzuw>

<https://lanaciontrabajadora.com/ensayo/los-desafios-de-la-clase-trabajadora/>

Agradecimientos

Este dossier no hubiera sido posible sin los aportes imprescindibles de Liliana Herrero, María Pía López, Ariel Pennisi, Héctor Pavón, Juan Pablo Olsson, Darío Capelli y Conrado Yasenza, quienes compartieron con Horacio la pasión por la construcción del conocimiento y la acción política para vivir en una patria libre y con justicia social.



